Música Híbrida

fanzine especial #14





Número 14, Año 2, Febrero 2022

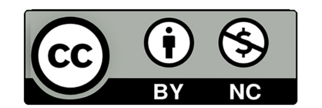
ESCOLTA

Abanderado y coordinador
Orlando Canseco

Voz de mando en arte y diseño
Música Híbrida

Guardias textuales
Nancy Cázares
Pedro Sandoval
Lilium White
Flox Noé
Peter Paul Ramírez Chávez
Orlando Canseco
Thathe Ichigkaga

Ilustración de portada e interiores
Rocío Romero Chapital



INDICE



Música Híbrida

"¿LA BANDERA NACIONAL? ¡PUROS CUENTOS!"

Febrero no es sólo el mes del amor y la amistad, también se ha reconocido como el mes en donde se dio origen a la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos en 1917 y el festejo de nuestro lábaro patrio: la Bandera Nacional. Y sobre este tema gira el Fanzine Especial #14 de Música Híbrida.

Como sabemos, los rituales modernos han remplazado a los antiguos por una supuesta homogenización de la población de un cierto territorio, quitándoles su valor cultural histórica y en pos de una unión nacional que además, se vuelve depredadora.

Para Malinowski, la religión y sus rituales son acciones que deben satisfacer las exigencias cognitivas y afectivas de un mundo estable y comprensible y permitir a la persona conservar "una seguridad interior frente a las contingencias naturales" .

A lo que quiero llegar, es que le veneración a la Bandera Nacional, el Escudo Nacional e Himno Nacional, se han convertido en una especie de religión cívica que en los viejos tiempos generaba una seguridad interior en las pasadas generaciones. Y véase el ritual de un partido de futbol a nivel internacional, donde lo simbólico de la bandera sigue siendo un dispositivo efectivo de identificación y rivalidad.

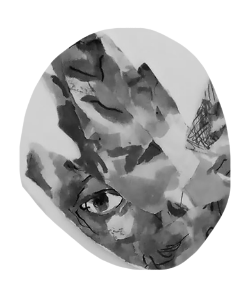
Pero hoy, ese símbolo que nos da "patria y libertad", ¿en realidad sigue teniendo el mismo efecto en todxs nosotros ante una atomización social, una depredación económica en todos los niveles y una cultura cada vez más gore?

La ideología de los símbolos patrios es una ideología dominante, diríamos nosotrxs, que "anuncia un relato falsificador, que dice lo que no se piensa -pero sobre todo no dice lo que de verdad se piensa, lo que de verdad se quiere: claro está, el poder, la hegemonía", tomando las palabras de José Luis Brea.

De ahí estos seis textos que integran este fanzine especial #14, sean formas de desacralizar y cuestionar al lábaro patrio y sus rituales.

Mil gracias por todo el apoyo a les colaboradores para la realización de este número a la bandera.

ATTE:
ORLANDO CANSECO
Director





por Nancy Cázares

Para Juan Francisco Kuykendall

Entramos a Francisco del Paso y Troncoso cerca de las once de la mañana. Ya teníamos noticia de tres compañeros heridos durante los enfrentamientos en la avanzada más cercana a San Lázaro, uno de ellos de gravedad, se rumoraba que estaba muerto. Aristegui Noticias cubrió la nota hasta que la transmisión en cadena nacional de la toma de protesta invadió todos los canales. Dejamos entonces de saber lo que pasaba.

La incertidumbre es la madre del terror. A algunos nos parecía increíble que tuviéramos que enterarnos a través del radio de lo que ocurría a unas cuadras de distancia. *¿Está muerto? ¿A dónde los trasladaron? ¿Quién está con ellos? ¡Confirmen! ¡Confirmen!* Las llamadas apenas si alcanzaban a satisfacer la curiosidad; la señal de los celulares colapsó y sólo podíamos comunicarnos con gente que monitoreaba desde sus casas o por internet.

Una comisión salió para intentar convencer a los compañeros del frente que marcharan con nosotros, ¡qué suicida permanecer ahí mientras el resto de la gente se movilizaba hacia otros puntos! No sabíamos dónde estaban por lo menos treinta compañeros. La última vez que alguien los vio, estaban desperdigados cerca de las vallas metálicas que custodiaban la entrada al Palacio Legislativo. Una hora después, la comisión volvió sin poderse acercar siquiera: los granaderos habían encapsulado al grupo. Nadie entraba. Y nadie salía.

El sonido que encabezaba nuestro contingente ponía música de moda, pero la gente no bailaba *¿Está muerto? ¿A dónde los trasladaron? ¿Quién está con ellos? ¡Confirmen! ¡Confirmen!* El miedo tomó forma de convoy militar y nos seguía los pasos. Más que de las gargantas, los gritos salían de las entrañas; el ambiente pesaba como casi un siglo de dictadura perfecta.

Las bocinas que algunos automovilistas solidarios hacían sonar no lograron levantar el ánimo del contingente como en otras ocasiones. Vecinos curioseando desde sus ventanas, fotógrafos por todas partes ¡clic! ¡clic! ¡flash! ¡flash! A la gente la reconocías por su andar, por la voz, quizás por la ropa, pero en general no había rostros sino líos de trapos envolviendo cabezas, cubriendo nariz y boca. Algunos habían alcanzado a escapar de San Lázaro antes de que cerraran los granaderos y sufrían aún los estragos del gas lacrimógeno.

No había ruta definida. Los granaderos salían al paso cada cruce, cada avenida. Decenas de uniformados descendían de enormes y acorazados camiones a prisa, recogiendo con torpeza esos escudos que pegan tan fuerte y enfilándose detrás de las rejas metálicas con las que pretendían cerrarnos el paso. No pudieron.

Corrí detrás de quienes avanzaban por encima de las vallas caídas, segura de que el resto de la

marcha venía detrás, hasta que unos gritos detuvieron mi avance: cerca de cuarenta policías corrían tras unos marchistas y los acorralaron en una callejuela a unos metros de donde había frenado mi carrera.

Salí tras ellos y a punto de doblar una esquina, escuché una voz de mando que gritaba "regresen" "regresen". Una marabunta azul marino avanzaba en desorden, me subí a la banqueta para intentar evitarla y alcancé a ver las últimas patadas de por lo menos seis policías contra un muchacho que estaba en el suelo. Los policías pasaron junto a mí con una sonrisa en el rostro y uno de ellos se acercó, levantó sobre su cabeza un tubo metálico y con los ojos desorbitados me gritó "órale, pendeja". Ya no vi más. La certeza del golpe me hizo cerrar los ojos y rezar para que sólo fuera uno.

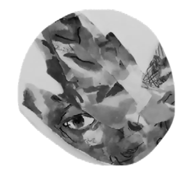
Sintiéndome pequeña, indefensa, bajo mis pies el suelo se cimbraba por el peso de las botas con casquillo y como pude me sacudí el pánico y corrí en busca del resto de la marcha. Sobre mi hombro alcancé a ver a una señora mayor ayudando al muchacho que había sido golpeado y ya no los volví a ver *¿Está muerto? ¿A dónde los trasladaron? ¿Quién está con ellos? ¡Confirmen! ¡Confirmen!*

La marcha siguió de frente, a contraflujo del tránsito y llegamos hasta Tlalpan. Giramos a la derecha, supuestamente para encontrarnos con un contingente más grande. "Los están madreando en Bellas Artes", dijeron por un megáfono, seguimos caminando. Cerca del Zócalo, algunos plantearon seguir hasta Eje Central y otros pugnaban por continuar el avance hasta la Plaza de la Constitución.

Rodeamos en Balderas como rumbo a Gobernación, pero de nuevo un cambio de planes modificó la ruta. "Compañeros, consideramos que no hay condiciones para continuar con la manifestación, la propuesta es regresar al metro Balderas y disolver, cada quien a su casa". Abucheos, grupos de jóvenes exigiendo se siguiera el avance hasta el caballito "¡los están madreando, no sean cobardes!". El sonido imponía "¿Ya no hay más propuestas?". "¡Al caballito a sacar a los compañeros!" "¡A Revolución, por los de la acampada!". "Esa es nuestra propuesta" *No hay nadie como tú, no hay nadie como tú, mi amor, no hay nadie como tú...* "¡caballito! ¡caballito!". Y el carro con el sonido dio la vuelta, llevándose dos terceras partes de la manifestación tras de sí. Habíamos tardado tanto "decidiendo" que los granaderos nos rodearon por cuatro puntos. Era Balderas o el Caballito.

"Detuvieron a R", "Detuvieron a F, venían de la acampada de Revolución". "¡Detuvieron a R!". A F la soltaron gracias a la intervención de la prensa que protestó ante la brutalidad con la que era sometida. Otros diez compañeros no tuvieron la misma suerte *¿Está muerto? ¿A dónde los trasladaron? ¿Quién está con ellos? ¡Confirmen! ¡Confirmen!*

Nadie sabía nada. A las cuatro de la tarde las patrullas recorrían las calles levantando sospechosos. En San Lázaro una bandera de México con los colores rojo y verde teñidos de negro, ondeaba.



TOQUE DE BANDERA

por Pedro Sandoval

¿Has sabido de las personas a quienes les dan ganas de bostezar cuando escuchan la palabra bostezo, o que sienten cosquillas en todo el cuerpo cuando alguien dice que hay hormigas cerca? ¿O ese rollo de los perros de Pavlov que babean cuando oyen una campana porque la relacionan con el momento de la tragazón? Pues así yo, pero con los piojos. No, no es que sienta comezón cuando oigo hablar de piojos o veo a otra persona rascándose, mi caso es más singular y complejo: me da un ansia incontrolable por restregarme la nuca cuando hay una ceremonia de honores a la bandera. Así mero. Me basta escuchar las cornetas de la banda de guerra o los pasos de la escolta para empezar a sentir el escozor. Ni qué decir si me toca ver accidentalmente el izamiento de una bandera en un parque público, mis manos van derechito a la cabeza y la acribillan como un animal sarnoso. No lo puedo controlar, te lo juro, güey, siento como si piojos de verdad me encajaran las garras por miles. La sensación dura algunas horas y me ha costado ya un par de chambas, por eso es que no trabajo en instituciones de gobierno ni nada parecido. El mes de septiembre para mí es un suplicio, procuro no salir a la calle porque cualquier puesto de banderitas o un fulano contagiado del espíritu patriótico con la cara pintada podrían desatar mi trastorno, aunque en menor medida. Tengo bien estudiados los días del año en que se llevan a cabo las ceremonias en el Zócalo para no pararme por ahí, y si se muere alguien importante de repente, evito ir al centro porque ni las banderas a media asta tolero. A ese nivel.

El origen de mi padecimiento no es ningún misterio, ni hay que escudriñar en los pozos profundos del subconsciente para descubrirlo. Lo tengo bien clarito y lo recuerdo como si hubiera sido ayer. En realidad fue el 24 de febrero de 1991 a las 9:47 de la mañana; el día cero, la hora cero. La primera de docenas de rascazones que tantas humillaciones me han hecho pasar a lo largo de los años, ésta frente a trescientos y tantos preadolescentes, un puñado de profesores de saco desteñido y maestras que hacían de equilibristas en sus tacones y se alisaban las faldas muriéndose de frío en el patio de la Escuela Secundaria Oficial Número 10 Doctor Ángel María Garibay Kintana. Si visitas dicha secundaria puedes encontrar una placa que dice "aquí se rascó la choya como loco el alumno fulano de tal mientras recibía el tremendo honor de ser el abanderado de la escolta en la ceremonia cívica más importante del año escolar". Claro que no hay ninguna placa, güey, estoy choreando, pero sí era la ceremonia más chingona y sí era yo el abanderado, aunque eso de que haya sido un honor, pus no.

Para portar el lábaro patrio el 24 de febrero había que ser un estudiante modelo, tener conducta intachable y sobresalir además en educación física, y si bien yo no era una lacra ni estaba en la lista negra, mis calificaciones eran modestas y andaba por la vida con perfil bajo. Nunca pretendí llamar la atención. Las ceremonias me daban mucha hueva y jamás me hubiera pasado por la cabeza pertenecer a la escolta. "Pasado por la cabeza", como los piojos, ¿ves? Todo tiene relación. Si lo piensan, las ideas son

una plaga, como bichos que te pasan por la cabeza y te joden la existencia, nunca vuelves a ser el mismo después y está cabrón quitártelas de encima, son una molestia que te atosiga permanentemente. Los dogmas, las ideologías, los principios y valores están dando de brincos en tu cabeza y chupándote la sangre. No es un chiste, güey, es una analogía seria.

En fin. Hubo dos factores que marcaron el curso de los acontecimientos: el primero fue una epidemia de piojos que azotó a toda la escuela desde principios de enero. Por supuesto que es difícil rastrear el origen de algo así, pero todos sospechábamos que el que había llevado los piojos era un alumno de segundo be que regresaba de sus vacaciones en Florida, un güey inmamable que presumía de tener parientes en los Yunaites y por eso nos veía a todos por encima del hombro. Lo irónico es que ese cuate con ínfulas de riquillo fue el primero o de los primeros que empezaron a llegar rapados a la escuela después de pescar los piojos, por lo que los contagiados probablemente portaban bichos importados de Miami. El patrón era el mismo: se detectaba un caso, los maestros apartaban al alumno en cuestión y lo mandaban a casa, como extraterrestre en aislamiento. Cuando éste volvía a clases era objeto del escarnio porque el protocolo escolar le obligaba a cortarse el pelo a rape, no había manera de disimular. Con las alumnas eran más benevolentes, pues no las obligaban a trasquilarse, sino que les hacían una minuciosa inspección cuando regresaban a la escuela, pero hubo casos drásticos en que podías ver a chavas portando una gorra o un sombrero todo el tiempo, lo cual significaba que en casa habían perdido la batalla contra los piojos y que tuvieron que recurrir a soluciones radicales. Durante esas semanas la Garibay Kintana parecía un centro penitenciario lleno de pelonchas condenados.

Ya sé lo que estás pensando, pero nel. Yo nunca fui víctima de tal epidemia y mi jefecita puede constatarlo, pregúntale cuando quieras, seguro recuerda ese episodio tan nítidamente como yo. Ella me daba una esculcada marca diablo todos los días en la mañana antes de salir y en la tarde al volver de la escuela, y nunca encontró rastro de piojos. En mi vida he tenido siquiera una liendre de verdad, vaya, ni por caspa he sufrido, por eso es que es todavía más extraño mi caso. Ahora me ves con mi matota, pero en esa época qué esperanzas que a los chavos nos dejaran tener el pelo largo. A mí me pelaban de casquete corto, como militar, o mejor dicho como rapero de los de moda, así que no fui un blanco muy hospitalario que digamos para los temibles parásitos. Algo tengo que agradecerle a Vanilla Ice, supongo. Para el momento crucial, el día y la hora cero, el problema de los piojos ya había disminuido notablemente y sólo se contaban casos aislados. Ojo que dije que había disminuido, no que se había erradicado, como veremos más adelante.

El segundo acontecimiento tiene, como suele ocurrir en las grandes historias, implicaciones sentimentales. Te decía que yo era un chamaco tranquilo que no buscaba líos, y menos de faldas, pero la hormona es la hormona y en ese crudo invierno del '88 me empecé a fijar en una chavita de tercero a quien las vacaciones le habían favorecido en demasía, exacerbando su belleza y su gracia natural. O sea que se había puesto bien pinche buena. No mames

qué linda estaba. Saira era su nombre, y por supuesto, ese portento femenino resultaba inalcanzable para alguien como yo, chaparro y con enormes orejas que sobresalían deformes de mi cresta de rapero. No había la mínima posibilidad de que siquiera me contestara el saludo, para empezar porque no había la mínima posibilidad de que yo me atreviera a saludarla… ¿o sí? Era sorprendente que siquiera lo estuviera considerando, se trataba de un impulso más fuerte que yo. El tiempo me enseñó que no hay nada que hacer, que jalan más un par de… bueno, ya te sabes el dicho. Era un sueño, una obsesión, una extraña invasión, un ente externo que se adueñó de mis sentidos y que ni de día ni de noche podía quitarme de la cabeza (otra vez la analogía, ¿ahora sí la entendiste, pendejo?) Un ser, como ya dije, inalcanzable, inalcanzable, inalcanzable, a menos que…

Después de algunas averiguaciones supe que Saira era alumna estrella del taller de mecanografía, reservado sólo al género femenino, por ahí no podría ser; supe que la recogía un Tsuru rojo todas las tardes a la salida, seguramente conducido por su papá u otro familiar, imposible. Tenía que buscar un terreno neutral y tenía que ser dentro de la escuela, amparado por mi círculo de valedores (tres o cuatro) y por los muros de ladrillo del plantel, coronados con vidrios de refresco rotos que existían a manera de protección contra intrusos, pero que sobre todo habían sido colocados con el fin de evitar que los estudiantes se brincaran la barda, estos vidrios habían ya desaparecido en partes clave que constituían puntos ciegos para la dirección y otras oficinas administrativas, había hasta el desgaste necesario en los ladrillos para que los que se iban de pinta pudieran poner los pies, y yo mismo, como muchos, seguí esa ruta de escape más de una vez. Tienes razón, carnal, eso no tiene nada que ver con la historia, volvamos.

El receso de veinte minutos era muy corto y además tendría que romper el cerco de sus amigas para quedarnos a solas frente a frente, era demasiada presión. Piensa, piensa. Terreno neutral y momento justo donde estemos solos pero no estemos solos, donde pudiera camuflarme o perderme en la multitud si algo salía mal. Por fin la hermana de un compañero, que a su vez tenía una amiga en el grupo de Saira me dio el pitazo definitivo, la epifanía llegó, si fuéramos parte de una obra de Shakespeare estaría sucediendo la anagnórisis: resulta que la mujer de mis anhelos, mi perpetuo horizonte, mi epidemia de piojos personal, era fanática de las ceremonias escolares, de las efemérides, del Himno Nacional, de los discursos y poemas cursis. Eso tendría que haber sido suficiente información para alejarme y olvidar a esa chamaca, pero ya quedamos en que era algo más fuerte que yo. Su sueño era pertenecer a la escolta y estaba a punto de lograrlo tras subir durante mucho tiempo los peldaños requeridos. Había que actuar. Yo no subiría ni a patadas aquellos peldaños pero tenía que estar en la escolta. Es más, tenía que ser el que lleva la bandera y así ella se derretiría de amor por mí. Seríamos compañeros en esa marcha triunfal, ella estaría a mi costado dando las instrucciones –paso redoblado, ¡ya! –con su voz angelical (a decir verdad nunca había escuchado su voz, pero seguro sería angelical) y mirándome con cierto recelo por haberle ganado el lugar protagónico en la escolta pero al mismo tiempo con la admiración más profunda. Daríamos vueltas como

pirinolas por el patio paseando la mentada bandera. “Almo y sacro pendón que en nuestro anhelo como un rayo de luz se eleva al cielo”.

No ahondaré en los detalles de cómo soborné a maestros y convencí a autoridades; cómo sufrieron pequeños accidentes los prometedores candidatos a la escolta mixta que actuaría en el día de la bandera; cómo mi jefecita bañada en lágrimas de felicidad mandó a lavar mi uniforme de gala a la tintorería y consiguió el dinero para comprarme un blazer nuevo; cómo me apliqué aprendiendo los pasos y movimientos, y apenas le dirigí la palabra a Saira durante los ensayos de la escolta porque esperaba el día de la ceremonia para declararle mi amor después de nuestra ronda de la victoria, eufóricos y empapados del espíritu del ejército trigarante y demás héroes que nos dieron patria, y me conformaba mientras tanto con mirarla de reojo y exhalar sus feromonas salvajes –quién sabe si eran feromonas, igual era el Aqua Net–; cómo llegó el día cero y Ella no se presentó en la escuela, y a última hora entró en su lugar uno de los muchachos que sufrieron esos misteriosos accidentes: el riquillo de los parientes en Florida, y cómo circuló el rumor en un santiamén: dicen que Saira tiene piojos.

Sentí que me atravesaban la panza con un sable. ¿Piojos? ¿Todos mis esfuerzos por llegar a este anhelado momento se irían al carajo por culpa de los piojos? ¿Vencí a la burocracia institucional, me tragué mi propio tedio y en pocas semanas conseguí lo que a otros les lleva meses o años, para ser derrotado por insectos de 3 milímetros de longitud? ¿Mi estrategia se vendría abajo estando a una jugada de coronar? Todo podría haber imaginado excepto que Saira no acudiera a la ceremonia que le daba tanta ilusión. El pan se quemaba en la puerta del horno y mi sistema nervioso reaccionó ante la frustración de la manera más insólita.



La ceremonia daba inicio y mi mano izquierda, que debía contener a la bandera por enfrente mientras la derecha la sujetaba ayudando al arnés donde ésta descansaba, empezó a buscar mi cabeza y a rascarla de manera incontenible, atacando a unos bichos fantasma, inexistentes. ¡Saira tiene piojos! “Como un sol entre céfiros y trinos”. ¿Qué chingados son los céfiros? Nunca me lo había preguntado hasta entonces y concluí, en mi delirio, que eran piojos, los piojos que, se decía, invadían la ondulada y perfecta cabellera de mi Saira. Pinches céfiros, ahora los sentía patinar en mi propio cuero cabelludo aunque estaba consciente de que no eran míos, eran los de Ella, y ni eso, no eran nada, pues.

Mientras tanto el riquillo gritaba firmes, ¡ya! Cuál firmes. Este remedo de don Juan se arrancó el guante derecho con los dientes, y siguió rascándose con ahínco. De más está decir que la bandera no conservó una posición muy glamorosa que digamos y su portador menos. La inexplicable comezón llegaba hasta el cuello y la espalda. Entre murmullos de asombro y risitas entregué el almo y sacro pendón a la directora y por fin, libre de él pero no de las miradas fulminantes, pude dedicar ambas manos al ejercicio, tortuoso y placentero a la vez, de rascar y rascar. No había lugar para el pudor en ese momento, tan sólo para la desesperación por el intenso picor en mi cabeza de Vanilla Ice y por la certeza de que nunca tendría otra oportunidad de acercarme a Saira después de aquella vergüenza monumental.



VIRISDIS, BLANK Y REUDH

(o la disección de un yugo universal)

por Lilium White & Flox Noé

He escuchado una frase, un tanto graciosa y siniestra, que resuena cada vez más y más en mi cabeza:

"Ellos comen y nosotros también
Se embriagan como es menester
Su sonrisa como la nuestra es
Más su sangre en mi espada veréis"

Curiosas palabras qué siempre estaban presentes, sin cambiar ni una sola letra, entre los dichos de tres tribus con una singular enemistad que recuerdo haber conocido en uno de mis viajes boreales por tierras ancestrales…

La obediencia es el camino,
verdes tierras mi destino,
la esperanza nunca muere
morirán mis enemigos.

A nosotros dulces aguas
nos espera leche y vino
aquellos y sus espadas
no tendrán ni un suspiro

¡Gloria a nuestra flor eterna
sus frutos nos alimentan
sus espinas nos protegen
y en la muerte sus riquezas!

"Los Viridis" eran en su mayoría gente de "tierra", como ellos se hacían llamar, conocedores de los vientos y las lluvias, bendecidos con un suelo fértil en el cual florecían una infinidad de frutos multicolores que atraían a un número similar de animales, muchos de los cuales habían aprendido a domesticar. Tanta era su gratitud y devoción a la naturaleza qué le rendían culto a una peculiar planta de aspecto no muy grato, de cuyo color tomaban su nombre, con espinas puntiagudas cómo agujas pero que durante todo el año daba un fruto muy dulce al paladar, sin mencionar que habían encontrado la manera de utilizarla para diversos fines que iban desde textiles, construcción y demás quehaceres domésticos. Su educación militar no podía competir con las otras tribus, pero sus armas venenosas, hechas con las raíces y espinas de esa planta, eran tan filosas y letales que les permitían no perecer bajo los constantes ataques de sus vecinos.

Su principal motivación: "El culto a la flor eterna", era presidido por cinco familias, según ellos, descendientes directos de los grandes sacerdotes de tiempos inmemorables; a pesar de que había conflictos internos, ellos tenían todo el control sobre la población, a la cual desde niños se les inculcaba la doctrina y los dogmas contenidos en los famosos pergaminos sagrados que celosamente resguardaban; dichos escritos hacían hincapié en que a través de la obediencia, el trabajo duro y el sacrificio, la flor eterna los recibiría después de esta vida como una semilla sembrada en un paraíso de infinitas riquezas, donde obtendrían una gran recompensa, claro: si eran dignos; de la misma manera a todos aquellos infieles, paganos, qué se negaran a rendir adoración a su divinidad, les esperaría un sufrimiento sin final, al menos eso es lo que los sacerdotes proclamaban de dichos textos, que sólo ellos podían consultar e interpretar. Con tristeza debo mencionar que, pese a todas las bondades y recursos que había en sus hermosas tierras, la ma-

yoría de los habitantes vivían de una manera muy humilde, realizaban largas jornadas de arduos trabajos, se alimentaban escasamente, teniendo casi siempre una actitud supersticiosa y temerosa, mientras que las familias sacerdotales acaparaban todas las riquezas y frutos que el pueblo generaba.

Una sola y divina
nuestra raza bendita
luz del mundo en tinieblas
nuestra estirpe perpetúa

De pieles blancas y cabello claro, sus ropajes de finas telas eran bordados meticulosamente con un escudo de armas que lucía en el centro una gran y majestuosa ave de alas extendidas y garras afiladas, era bella e imponente; este emblema se erguía por doquier como símbolo de su estirpe y superioridad, combinando a la perfección con su actitud altiva y rimbombante; sus cuellos y muñecas siempre lucían ataviados con finas joyas extraídas de las decenas de minas excavadas en la gran cordillera qué rodeaba el lugar; cualquiera ajeno a su linaje era considerado indigno de pronunciar el nombre de aquel pueblo, pero entre susurros se referían a ellos cómo “Los Blank”.

Muy pocas cosas logré indagar sobre esta tribu ya que el acceso a su comunidad era muy limitado, desconfiaban de los extranjeros y desdeñaban a todo aquel que fuera tan sólo un poco diferente a su canon establecido; toleraban únicamente a sus empleados domésticos, que no eran más que esclavos a los cuales cubrían sus rostros con una tela que apenas y les permitía ver, estos se encargaban de todo aquello que “Los Blank” consideraban indigno de ellos o simplemente no les daba la gana realizar. Decían ser la raza perfecta, de sangre pura y orígenes celestiales, casi divinidades, ideas que se acrecentaban por los muchos ya mencionados minerales preciosos que poseían y que nadie sabía, o en realidad a nadie le importaba, quién o cómo los extraían del subsuelo.

Cada quince lunas los líderes principales mandaban a todos, en una especie de procesión mística donde sus empleados, desnudos y en total silencio, jalaban cual bestias grandes carretas llenas de arcones que contenían toda clase de joyas y suministros, los cuales dejaban cuidadosamente en los pórticos de cada hogar.

Pese a su enorme ego, el desprecio por las formas y costumbres de las otras tribus, sus gustos tan extravagantes y la gran opulencia de sus viviendas, en secreto hacían tratos con los sacerdotes principales de “Los Viridis” intercambiando sus riquezas pétreas por materias primas como maderas, comida y telas.

Nuestras manos firmes a la guerra
entregamos nuestros corazones
lágrimas y desesperaciones
el abono y sal de nuestra tierra

Nuestras manos firmes a la guerra
temblaran ante nuestros cañones
exaltamos a los grandes héroes
qué a la libertad nos condujeran

Vuestros golpes firmes al que yerra
dignos hijos de una noble historia
nos esperan hermanas y madres
orgullosas de la gran victoria

Nuestras manos firmes a la guerra
Recordamos a los grandes héroes
Qué su vida dieron por las gentes
¡Vuestras vidas dar por esta Tierra!

Apenas rayaba el alba y el suelo bajo mis pies temblaban, voces ensordecedoras y pisadas marciales: el gran ejército de "los Reudh" desfilaba ante mis perplejos ojos; tribu guerrera sin religiones ni mayores creencias que las de un régimen estricto, impuesto durante generaciones a todo un pueblo. La seriedad pintaba perpetuamente sus rostros, miradas que en general no reflejaban sentimiento alguno; todos estaban sujetos a una estricta rutina diaria que consistía en ejercicios matutinos, adiestramiento militar y estudio de las diversas tácticas bélicas, teniendo muy pocos momentos recreativos, sumado a una dieta a base de carne y muy pocas frutas y verduras. Su Inclinación a la violencia y la conquista los hacía acérrimos enemigos de las otras dos tribus, a los cuales constantemente atacaban en busca del dominio total y el saqueo de sus recursos.

Una de las cosas que más me llamó la atención de ellos, era el intrigante y aterrador ritual de iniciación aplicado a todos por igual; al cumplimiento de la segunda década de vida, conducían a sus jóvenes a una construcción piramidal en medio de un denso bosque, ingresaban con los ojos vendados y maniatados. El ambiente, tenuemente iluminado por la luz de pequeñas velas, era lúgubre y frío, al llegar al centro del poliedro una imponente estatua roja de una serpiente amenazadora se alzaba entre llamas vivaces que aún a metros de distancia quemaban la piel; quitando toda atadura, los mayores conducían uno a uno a los jóvenes muy cerca del magnánime monumento, al pie de este se encontraba una caja de medianas dimensiones y en su interior se hallaba una serpiente cuyo veneno era muy peligroso; el ritual proseguía de la siguiente forma: beber una poción con efectos alucinógenos, meter la mano y ser mordido por el reptil, lo que provocaba un desmayo gradual y sumamente doloroso, lleno de visiones fantásticas de las cuales no todos regresaban; era muy común que al menos una cuarta parte de aquellos sometidos a dichas prácticas no sobrevivieran, los que salían victoriosos se decían poseedores de poderes más allá de lo ordinario, fuerza avasalladora y astucia sin igual para poder conquistar todo a su paso. Así mismo me resultaba curiosa su ferviente devoción por "los grandes héroes", quienes según las historias populares, habían luchado y entregado sus vidas por la libertad de ese pueblo, ellos eran ejemplos de pasión, compromiso y valor, para motivar a toda la tribu a entregar sus vidas en la lucha de conquistar y seguir expandiendo su territorio.

Estos pueblos no podían existir juntos pero tampoco separados, de alguna forma sus vidas y sistemas estaba ligados; eran seres aparentemente diferentes pero de naturaleza similar: un vacío constante que acecha, un temor que no se va y siempre apremia, un círculo de vicio y lamento, siempre detrás de una creencia o monumento, estandartes vacíos, sentimientos perdidos, naturaleza destructiva, ambición que siempre germina, necesidad de control y poder que cualquier esperanza fulmina.

Después de un tiempo entre ellos fue un suceso impactante y traumático el que me llevó a abandonar dicha región: una tarde de arrebol, como si el color de las nubes presagiara lo venidero, un número no pequeño de jóvenes de éstas tres distintas tribus se encontraron casualmente a unos pasos de donde yo moraba: una pequeña arboleda cerca de un río, un punto donde los límites

geográficos eran confusos y los de la "humanidad" lo eran aún más; todo fue tan precipitado y violento, casi irreal; entre golpes, gritos, sangre y lamentos se atacaban los unos a los otros en una danza de caos mortal; al no llevar armas, sus puños fungían de mazos, tomaban piedras del suelo y las estrellaban en los cuerpos de sus contrarios rasgando sus carnes y quebrando sus huesos; en los rostros de todos ellos se dibujaba un odio y una rabia tan profunda que ni aún en las bestias salvajes más temidas había contemplado.

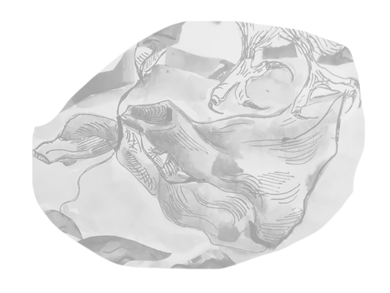
Recuerdo bien la mirada penetrante y totalmente desesperada, de un chico que aún agonizaba entre aterradores juramentos, no estoy seguro si eran maldiciones hacia sus crueles enemigos o tal vez rezos, a veces se percibían como lamentos. Lo que haya sido aún me provoca terribles pesadillas, acerca de lo absurdo de todo esto y de la búsqueda de un sueño utópico: a veces nítidas y a veces borrosas, con luces que se cuelan y sombras que se esparcen; siempre en cada una de ellas, ante mí aparecen amenazadores y bizarros los símbolos característicos de "Los Viridis", "Los Blank" y "Los Reudh": una flor con espinas hirientes que atraviesan a un ave, que a su vez, ataca a un serpenteante reptil, todo se consume y se retuerce entre llamas, el rojo del fuego se mezcla con la sangre y se pierden las formas; a la distancia veo el rostro de este chico aun gritando desgarradoramente, bañado en sangre, mutilado, dirigiendo su mirada penetrante y suplicante hacia mí, mientras estira su mano en busca de ayuda, esta misma visión es tan terrible, que me ha hecho despertar temblando y con el corazón agitado en múltiples ocasiones. No encontrando una mejor forma de liberarme de estos terrores nocturnos, la única catarsis que he podido hallar es un pequeño canto nacido de mi voz, que reflexiona acerca de lo absurdo de todo esto y de la búsqueda de un sueño utópico:

Luces que se apagan,
vidas que se van,
existencias que se desvanecen
a manos de un igual,
sangre que condena por la eternidad,
ambiciones que siempre retuercen
no dejan respirar.

Yugo que me oprime:
tanta atrocidad,
libertad que clausurada muere,
silencio sepulcral,
líneas que dividen,
tanta oscuridad,
las mentiras que siempre nos hieren
no callan la verdad.

Más las diferencias nos enriquecen,
cual bálsamo que ayuda a sanar,
se escuchan las voces que prevalecen:
uniéndonos podremos volar.

Como un anhelo, una fe que te eleve
y crezcamos juntos al soñar,
caigan las fronteras que nos dividen
púdranse cadenas: ¡libertad!
y que sea sólo un símbolo
el que nos inspire:
el amor más puro
de nuestra hermandad.




Andante
lu ces que sea pa gan vi das que se van ex xis ten cias que se des va
4
ne cen a ma nos deun i gual san gre que con de na por lae ter ni dad
8
am bi cio nes que siem pre re tuer cen no de jan res pi rar
11
yu go que meo pri me tan taa tro ci dad li ber tad que clau su ra da
14
mue re si len cio se pul cral li neas que di vi den tan taos cu ri dad
18
las men ti ras que siem pre nos hie ren no ca llan la ver dad
21
mas las di fe ren cias nos en ri que cen cual bál sa mo quea yu daa sa nar
25
sees cu chan las vo ces que pre va le cen u
27
nién do nos po dre mos vo lar co moun a nhe
29
lo u na fe que tee le ve y crez ca mos jun
33
tos al so ñar cai gan las fron te ras
36
que nos di vi den pú dran se ca de nas li ber tad
40
y que se a so loun sim bo loel que nos ins pi re
43
el a mo or mas pu ro de nues traer man dad

BANDERA DE MEXICO

por Peter Paul Ramírez Chávez

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daría la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente...
José Emilio Pacheco

No representa al aire que respiro
–con su smog matutino y su hedor a *pasuco*[1]–;
tampoco al sol radiante, inoportuno,
que me obliga a vivir desde temprano
y a renegar de un sueldo deprimente...
ni a la noche que cae,
triste y serena,
con sus malas noticias
de balazos, asaltos,
accidentes...

Cuando observo a los míos,
no advierto tres colores en su pecho,
sino pieles morenas, muy hermosas,
con mejillas alegres, sonrosadas,
que iluminan de amor mi territorio...

Sin embargo, ahí está aquel trapo viejo
colgando en nuestra historia oficialista,
picándole el ombligo a este país
y ondeando en el vaivén de mis recuerdos:
cuando iba yo de blanco a la primaria
para cantar el himno
y escuchar efemérides;
cuando era aficionado al balompié
y gritaba los goles de un equipo
que perdía los partidos importantes;
cuando salía a la calle
el 15 de septiembre
y miraba a la gente
gozar sus fiestas patrias
con bigotes postizos,
caritas maquilladas,
tequilas y sombreros,
mariachis y matracas...

El caso es que, aunque no me identifico
con ninguna expresión nacionalista,
e intento deslindarme
de rituales y símbolos patrióticos
–por lo que nada épico
me inspira una bandera–,
lo cierto es que tampoco me molesta
contemplarla y pensar
que, si bien no es un orgullo
haber nacido en México,
soy muy afortunado
por disfrutar a diario su comida,
su variedad de climas y paisajes,
sus bebidas alcohólicas,
su música y sus chistes colorados...
y es que eso vale tanto para mí
que hasta finjo con gusto
que respeto ese gran trozo de tela
con su águila posada en un nopal.



*1. **Pasuco.*** Acrónimo que hace referencia a la expresión coloquial: "olor a patas, sudor y cola" dentro del transporte público o en un espacio cerrado y concurrido.





LUCHA POR TU VIDA

por Orlando Canseco

Es difícil despegarse de los rituales modernos que a lo largo de nuestra vida vamos aprendiendo, entre ellos la ceremonia a la bandera que cada ocho días se celebra (o celebraba hasta la llegada de la pandemia) en las escuelas de enseñanza básica.

Desde que Miguel de la Madrid impuso "el acuerdo por el que se reafirma y fortalece el culto a los símbolos nacionales" el 24 de febrero de 1983, todos los mexicanos tuvimos la obligación de sentirnos patriotas, cómo si esto nunca lo hubiéramos realizados desde el fondo de nuestro espíritu y sagrado corazón.

Es decir, que a partir de esa fecha, ya éramos mexicanos oficialmente por "respetar", "cantar" y "venerar" nuestros símbolos patrios cada lunes: la Bandera, el Escudo Nacional y el Himno Nacional Mexicano.

Lo gacho es que, mientras aquí en nuestro país no podemos hacer versiones en cualquier género musical de éste (estaría chido una en reggaetón y ver a todo mundo perreando en el asta bandera con todo respeto patrio), en Estados Unidos cobran su uso cada vez que lo tocan en vivo o lo ponen en cualquier película hollywoodense, (acordémonos de esa secuencia surealista en Jumaji parte 1, donde un cazador busca con un rifle a dos adolescentes que están escondiéndose de él en una tienda de juguetes).

¡Hasta nuestra patria es rentada en el extranjero sin que nos paguen ni medio dólar por su uso y derechos de autor! ¡Chale! Lo que sí me pone a pensar, es que justo esto que realiza Miguel de la Madrid en la obligatoriedad de rendir respeto a los símbolos patrios, es cuando el sistema de estado benefactor comienza a privatizar todo el sector público. O sea, mientras cantábamos "Mexicanos al grito de guerra" con nuestro uniforme blanco cada lunes, el piche Estado empezaba a vender activos del sector público a los extranjeros que seguramente ni pagaban impuestos.

Entonces, cuando adolescente me preguntaba ¿qué carajos estaba pasando con nuestra "hermosa nación" del tercer mundo donde había pobreza, desigualdad, marginación y un exacerbado nacionalismo que no podía detener el empoderamiento de las empresas extranjeras sobre nuestro territorio? Y me contestaba: ¡Todos quieren ser un soldado... pero del consumismo de la vida americana!

Al pasar el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, veríamos cómo esa falsa ilusión de ser mexicanos de primer mundo se diluida pronto ante la llegada de los zapatistas en ese enero de 1994, cuando indígenas chipanecos nos indicaron el camino a seguir desde otra perspectiva y haciéndonos caer en cuenta que México no es uno, sino muchos: unos más fregados que otros, eso sí.

Pero mi amor surgió de nuevo, cuando el 22 de febrero de ese mismo año, el Subcomandante Marcos leyó un hermoso y duro comunicado sobre la Patria y la Bandera Nacional que realmente me hizo llorar cuando lo escuché,

y al otro día, cuando volví a leerlo en *La Jornada*:

”Venimos a la ciudad y encontramos esta bandera, nuestra bandera. Eso encontramos; no encontramos dinero, no encontramos riquezas, no encontramos nadie que nos escuchara otra vez. Encontramos la ciudad vacía y sólo encontramos esta bandera.

”Venimos a la ciudad y encontramos esta bandera y vimos que bajo esta bandera vive la Patria; no la Patria que ha quedado olvidada en los libros y en los museos, sino la que vive, la única, la dolorosa, la de la esperanza.

”Esta es la bandera de México, nuestra bandera. Bajo esta bandera vive y muere una parte del país, cuya existencia era ignorada y despreciada por los poderosos; muertes y muertes se iban sumando bajo el cielo de esta bandera, sin que otros mexicanos voltearan: ustedes.

Lo que sí me quedó claro, es que mi patria ya era otra, no la romantizada por los libros y documentales de Televisa, sino aquella que sobrevía en la calle, en la pobreza, en la marginación, en la falta de oportunidades y en mi ir y venir como joven sin futuro; pero que ellxs, lxs zapatistas, nos mostraban un nuevo camino para andar.

La vieja bandera ya no era la tricolor, sino negra, oscura, manchada de sangre y olvido. De ahí que en un momento de “inspiración”, escribí el siguiente texto que se convirtió en una canción de reggae allá en el ’94 y que llamé “Lucha por tu vida”, dedicada a lxs zapatistas y que llegué a grabar en un demo y a tocar con mi vieja banda de rock Lengua Muerta, y que a la letra dice:

LUCHA POR TU VIDA

Cansado
de no poder vivir,
de no poder decir,
que te están hartando,
que te están matando.

Sangre,
ha brotado sangre
de mi tierra herida,
de tu pie descalzo,
de tu pie agrietado.

Lucha por tu vida...

Mira
a la bandera enferma
con presente falso,
a la ciudad engaña,
a su destino engaña.

Llora
un pequeño llora,
ya no tiene miedo,
ahora ya no implora,
ha terminado el juego,
se ha terminado el juego.

Lucha por tu vida...

1994



IDENTIDAD

por Thathe Ichigkaga

Con explosiones por todas las colonias de México se recibe el mes de septiembre, emulando las batallas entre los defensores de la colonia española y la naciente burguesía nacional en aquellos 1800, reviviendo esas experiencias, alimentando el patriotismo que se ha insertado hasta el tuétano, aquel patriotismo mal entendido, aquel que sega y no da pie a autocríticas y procrea rivalidades sin razón, aquel que nos han vendido en símbolos que surgen de la dominación para la enajenación, y que hoy son más poderosos en la población que cualquier interés de clase en un contexto cultural nativo.

Así como en aquellos años, hoy, la gente pobre sigue celebrando algo que no es suyo. El proceso de Independencia del capital nacional hacia con el extranjero sólo benefició a la casta mestiza españolizada que encabezó la revuelta, y los muertos los puso y los sigue poniendo el pueblo, gran parte los indígenas, pero la astucia de los líderes ha sido ajustar sus intereses maquillándolos con altruismo, con pizcas de emancipación los lacayos.

Sin embargo, la historia nos ha dicho que esta revuelta independentista no dejó beneficio alguno para la población nativa ni la clase trabajadora en general, sino todo lo contrario, sólo afianzó la edificación del gran capital, sentó las bases para un desarrollo mercantil-industrial que hoy nos sigue aquejando.

Este proceso revolucionario se da en un marco de riñas entre la clase feudal capitalizada del imperio español y la naciente burguesía nacional de la Nueva España, por lo que los nacionalistas mexicanos debían buscar herramientas de consentimiento, de atracción de una masa que pudiera combatir y ser carne de cañón para enfrentar a los colonialistas.

¿Cómo atraer a esas masas populares que habían sido masacradas durante 300 años consecutivos, siendo relegadas hasta los pedregales, a las zonas más desérticas e infértiles de la Anawak?, ¿cómo llamar su atención, si ellos no querían ninguna relación con los colonizadores? Y los mestizos eran gente *non grata* para los nativos, pues la actitud de un mitad indio y mitad gachupín era despreciable para el indígena.

La arrogancia de estos mestizos, evitaba la relación hacia con los nativos, pero ellos debían ser astutos, pues ellos serían la fuerza que garantizaría su triunfo ante la corona española, por lo que debían crear objetos que llamaran la atención. Es donde surge la idea de crear un patriotismo que identificara a todos los habitantes de la Nueva España, generando símbolos concretos que atrajeran la atención de los nativos.

Entre los símbolos que se generan tenemos nuestro famoso escudo nacional, lo que según los frailes franciscanos era un Águila devorando una serpiente, haciendo alusión a la lucha entre el bien y el mal, obviamente desde la perspectiva occidental, donde el ave es el bien y los reptiles figuran el mal, creando también la famosa y desvirtuada historia donde Huitzilopochtli destierra a Quetzalcóatl, haciendo alusión a la destrucción del toltecayotl desde los

mexica (un mito inventado por los invasores para justificar el ataque a los mexica).

Tiempo después los arqueólogos dicen que los frailes “malinterpretaron” los códices ¡sic! Claro, sólo yo agregaría, ¿los descifraron mal por inconciencia e ignorancia o por conveniencia y encomienda? Bueno, pero estos pensadores dicen que los frailes leyeron mal, no era una serpiente, era el símbolo del Atl Tlachinolli (agua quemándose) nada que ver con la interpretación occidental. No. Este símbolo (según ellos) es la representación de una declaración de guerra, haciendo alusión a la maldad de los mexica que inclusive, quemaban el agua con sólo mirarla. ¡Vaya! Lo bueno es que los franciscanos eran los que no sabían leer.

Con estas teorías se ratifica la intención de la ideología dominante, ajustar a toda costa la agresividad de los mexica y la humanidad entera, no deteniéndose a analizar detalladamente este escudo, que tiene inmersa toda la cosmovisión que de ninguna manera es el dominio de unos sobre otros, sino la coexistencia en la diversidad de idiomas, de colores, de arquitecturas pero siempre sujetos a la misma cosmovisión.

Por tanto, analicemos este escudo, escudriñando parte por parte, tratando de situarnos desde nuestra cosmovisión, como diría Mariátegui: “deseuropizándonos”, algo que es difícil. Sin embargo, (es nuestra tesis, y la defenderemos pues la sustentamos en la realidad territorial y no externa o desde otras vivencias), el escudo real está construido de la siguiente manera:

en la parte inferior, vemos la figura que representa a Tlaltecuhtli, nuestra señora del sustento, la representación de la tierra en su máxima expresión, la que engendra y devora, la que alimenta la vida y se alimenta de la vida, la madre como representación concreta del cosmos, no lo bueno y lo malo como dirían los occidentales, sino, el ciclo, lo que es inevitable, lo que no se puede frenar, el desarrollo en sí.

Encima de Tlaltecuhtli están los nopales, símbolo de Tenoch, el guía de la peregrinación, pero también el símbolo de la vegetación que abundaba en estas tierras, este nopal tiene frutos: las tunas, el cual sirvió de alimento para los recién llegados al islote que más tarde se convertiría en la ciudad de México Tenochtitlan.

Sobre estos nopales se ubica Cuauhtli, el águila, símbolo del sol, ya que al ser hijos del sol, el Águila fungía como animal sagrado, tomando en cuenta también el simbolismo en cuanto a la sabiduría, un animal de fuerza, capaz de alcanzar el cielo, de ahí por ejemplo que en las tribus del norte, aún en estos días cuando una persona comienza a hacer méritos sociales se le premia con una pluma de águila, esto es que el águila representa la parte masculina del cosmos.

Ahora, ¿que tiene el águila en el pico si no es una serpiente? Es el símbolo del Atl Tlachinolli (agua quemada) según los historiadores que desmienten a los franciscanos por su “mala interpretación”, esto es el símbolo de la guerra, diciendo que las batallas eran tan cruentas que se quemaba el agua, (que bueno que los estudiosos desmienten las atrocidades evangélicas).

Sin embargo, detengámonos y

analicemos estos elementos. Primeramente citemos la leyenda de la guerra entre Quetzalcóatl y Huitzilopochtli. Según los historiadores modernos nos dicen que los Mexica venían guiados por Huitzilopochtli, el dios de la guerra, simbolizado por un águila representando al sol. Primer error, pues la raíz etimológica de Huitzilopochtli es "colibrí izquierdo". La pregunta es, ¿entonces porque el águila?

Pasemos al segundo sujeto: Quetzalcóatl, la serpiente emplumada (según ellos) el dios de los toltecas. Entonces la historia dice que Zeus el dios del sol, llega y pelea contra Tifón la serpiente emplumada, ¡perdón! me equivoqué de nombres, pero creo entonces que la leyenda que nos han vendido hasta estos días nos dice que han hecho una adaptación de la mitología griega al estilo mexica, en donde el bien y el mal pelean por la humanidad, y uno destierra al otro. De esta forma vemos la real intención de un estudio direccionado no a la investigación, sino a la adaptación de nuestra historia a la occidental.

Regresemos, ¿porque el águila representando a Huitzilopochtli? Porque no está representando a esta fuerza, el águila simboliza el sol, como ya lo dijimos, y el guía no era el "dios de la guerra" sino la fuerza de voluntad, y es precisamente el símbolo representando en el Atl Tlachinolli, el agua quemada, pues el agua es la pureza del espíritu, la fuerza, pues en gran cantidad el agua es muy fuerte, purifica el organismo, es vida, y es, donde surge la vida, según la lámina de Tezcatlipoca: Atl- Espejo del copilli, es el conocimiento de la mente por medio de la interiorización, se ubica en el cerebelo y se equilibra con la mano izquierda.

Y el simbolismo de quemar: es la manifestación de la voluntad, ¿qué tan ardientes somos como individuos para enfrentar las adversidades?, ¿qué tanto calor tenemos en nuestro interior para hacer valer nuestra voluntad? Entonces ¿Dónde queda el carácter asesino de los Mexica? Pues queda en el desprestigio de los frailes e historiadores carentes de identidad nativa.

Por tanto, no es que los franciscanos confundieran el Atl Tlachinolli con una serpiente, pues la imagen es clara, sino que fue el método correcto para adaptar la historia judeo-cristiana donde la serpiente es malévola y debe ser exterminada, de tal manera que se crea esa leyenda calca de la mitología griega, con sus puntos y sus comas, sólo modificando los actores, ¿el propósito? Erguir su civilización sobre las ruinas de nuestras casas del saber, creando símbolos con el sello de clase, con toda la intención de justificar el lugar de los opresores y los oprimidos, utilizando la misma cadena alimenticia como justificante, sólo que se olvidan que la cadena es entre especies y no entre las mismas, pero que para esto existe también un equilibrio, de tal forma que la manipulación de la historia le ha servido muy bien a los colonizadores que hasta nuestros días, siguen administrando las riquezas de la Nueva España del siglo XXI. Sin embargo, la verdad siempre se hace presente pues es justa.





"9 años sin nostalgias"

Buscanos en:

www.mh-radio.net

email:
musicahibrida.mh@gmail.com
musicahibrida@yahoo.com.mx







